

dose procurado alas para recorrer la sociedad de arriba abajo, desdeñaron ser nada en ella porque lo podian todo. Si el autor sabe las causas de su abdicación ya las dirá.

Ahora, ya puede comenzar el relato de los tres episodios de esta historia que más le han seducido, por el sabor parisiense de sus detalles y por la extravagancia de sus contrastes.

Paris, 1837.

## HISTORIA DE LOS TRECE

---

### EPISODIO PRIMERO

---

### FERRAGUS, JEFE DE LOS DEVORANTES

---

*A Hector Berlioz*

Existen en París ciertas calles deshonradas, cual hombres tachados de infamia, y existen además calles nobles, calles sencillamente honestas, calles jóvenes acerca de cuya moralidad no ha formado el público aún opinión, calles asesinas, calles más viejas que viejas viudas nobles, calles estimables, calles siempre limpias, calles siempre sucias, calles obreras, trabajadoras, mercantiles. En fin, las calles de París tienen cualidades humanas, y por su fisonomía nos imprimen ciertas ideas á las que no podemos resistir. Hay calles que parecen una mala compañía y en las que no quisiera uno vivir, y hay otras donde sentaría uno gustoso sus reales. Algunas calles, como la de Montmartre, tienen una hermosa cabeza y acaban en cola de pescado. La calle de la Paz, es una calle ancha, una gran calle, pero no despierta ninguno de los nobles pensamientos que sorprenden á una alma impresionable en medio de la calle Real, y carece indudablemente de la majestad que reina en la plaza de Vendome. Si os paseáis por las calles de la Isla de San Luis, no atribuyáis la tristeza nerviosa que se apodera de vosotros más que á la soledad y al aire sombrío de las casas y de los grandes palacios desiertos. Esta isla es como la Venecia de

París. La plaza de la Bolsa es dicharachera, activa, está prostituída, y sólo es hermosa ante un claro de luna á las dos de la madrugada. ¿No es una calle infame la Travesera de San Honorato? Hay en ella malos casuchos con dos ventanas, en cada una de las cuales se encuentran vicios, crímenes, miseria. Las calles estrechas expuestas al Norte donde el sol no penetra más que dos ó tres veces al año, son calles asesinas que matan impunemente; la justicia de hoy no se mete con ellas; pero antaño, el parlamento tal vez hubiese mandado al jefe de policía para que la vituperase, y por lo menos hubiese dictado una sentencia contra tal calle, como la dictó contra las pelucas del cabildo de Beauvais. El señor de Chateaufort ha probado que la mortalidad en estas calles era doble que en las demás. Para resumir estas ideas con un ejemplo, preguntaremos: ¿No es la calle de Fromenteau homicida y viciosa á la vez? Estas observaciones, incomprensibles fuera de París, serán sin duda apreciadas por esos hombres estudiosos, pensadores y poetas que callejeando por París, saben recolectar á todas horas la masa de goces flotantes que existen en sus calles, y por aquellos que consideran París como el más delicioso de los monstruos: aquí, mujer bonita; más allá, vieja y pobre; allí todo nuevo, como la moneda de un reinado nuevo; en aquel rincón, elegante como una mujer á la moda. ¡Monstruo completo! Sus buhardillas, especie de cabeza llena de ciencia y de genio; sus primeros pisos, estómagos felices; sus tiendas, verdaderos piés; de ellas parten todos los negocios. ¡Y qué vida más activa tiene siempre el monstruo! Apenas cesa el último rumor de los últimos coches de baile en el corazón, cuando ya sus brazos se mueven en las barreras y empiezan á agitarse lentamente. Todas sus puertas se abren y giran sobre sus goznes invisiblemente manejadas por treinta mil hombres ó mujeres, cada uno de los cuales vive en seis piés cuadrados y posee una cocina, un taller, una cama, hijos y un jardín, y á pesar de no ver claro, tiene que verlo todo. Insensiblemente, las articulaciones crujen, el movimiento se comunica, la calle habla. Al mediodía, todo está animado, las chimeneas humean, el monstruo come; después se pone rojo, y luego sus mil patas se agitan. ¡Hermoso espectáculo! ¡Oh París! el que no ha admirado tus sombríos paisajes, tus efectos de luz, tus profundos y silenciosos callejones; el que no ha oído tus mur-

mullos entre las doce de la noche y las dos de la madrugada, no conoce aun tu verdadera poesía ni tus extraños y vigorosos contrastes. Existe un escaso número de aficionados, de gentes que no van nunca al tun tun, que disfrutan de su París y que conocen tan bien su fisonomía, que enseguida ven en ella una verruga, un grano, una peca que nace. Para los demás, París es siempre esa monstruosa maravilla, asombroso conjunto de movimientos, de máquinas, y de pensamientos, la villa de las cien mil novelas, la cabeza del mundo. Pero para aquéllos París está triste ó alegre, guapo ó feo, vivo ó muerto; para aquéllos París es una criatura; cada hombre, cada fracción de cosa es un lóbulo de esta gran cortesana, cuyo corazón, cabeza y costumbres fantásticas conocen perfectamente. Aquéllos son los verdaderos amantes de París, porque levantan la cabeza en la esquina de una calle seguros de encontrar el cuadrante de un reloj, y le dicen á un amigo cuya petaca está vacía: «Toma por tal pasaje y hallarás un estanco á la izquierda, cerca del pastelero que tiene una mujer muy guapa». Para estos poetas, viajar por París es un lujo costoso. ¿Como no gastar algunos minutos ante los dramas, los desastres, las figuras y los pintorescos accidentes que os ofrece en medio de esta animada reina de las ciudades plagada de anuncios y sin una esquina limpia, y que tan complaciente se muestra ante los vicios de la nación francesa? ¿A quién no le ha ocurrido salir por la mañana de su casa para ir á los extremos de París y encontrarse en el centro á la hora de comer? Estos sabrán cursar este comenzar vagabundo que se resume con una observación útil y nueva, si es que hay algo nuevo en París, donde la estatua que se inauguró ayer empieza por llevar ya el nombre que ha impreso en ella algún pilluelo de París. Sí, existen calles ó finales de calle y ciertas casas desconocidas para la mayor parte de las personas del gran mundo por las que una mujer elegante no sabría ir sin que pensasen de ella las cosas más mortificantes. Si esta mujer es rica, si tiene coche, si va á pie ó disfrazada por alguno de esos desfiladeros del París parisiense, compromete su reputación de mujer honrada. Pero si por casualidad penetra en ella á las nueve de la noche, las conjeturas que un observador puede permitirse pasan á ser asombrosas por sus consecuencias. En fin, si esa mujer es joven y bonita, si entra en alguna casa de una de estas calles, si la casa

tiene un pasillo largo y sombrío, húmedo y hediondo, si en el fondo del pasillo titilea el pálido resplandor de un quinqué y en este resplandor se dibuja la horrible cara de una vieja con descarnados dedos, la verdad, digámoslo en interés de las mujeres jóvenes y guapas, esta mujer está perdida, se halla á merced de cualquier conocido que la encuentre en estos lodazales parisienses. Pero hay calle de París donde este encuentro puede convertirse en el drama más espantosamente terrible, en un drama lleno de amor y de sangre, en un drama de la escuela moderna. Desgraciadamente, esta convicción será adquirida por pocas personas, y es gran lástima contar una historia á un público que no puede adivinar todo su mérito local. Pero ¿quién puede alabarse de ser comprendido? Todos moriremos desconocidos: esta es la frase constante de los autores y de las mujeres.

A las ocho y media de la noche, en la calle de Pagevin, en una época en que la calle de Pagevin no tenía una pared que no repitiese una palabra infame, en dirección á la calle de Soly, la más estrecha y la menos practicable de todas las calles de París, sin exceptuar el rincón más frecuentado de la calle más desierta, á principios del mes de febrero, hará de esto unos trece años, un joven, por una de esas casualidades que no ocurren dos veces en la vida, volvía á pie la esquina de la calle de Pagevin para entrar en la de Viejos Agustinos, donde se halla precisamente la calle de Soly. Allí, este joven, que vivía en la calle de Borbón, halló en la mujer tras la cual marchaba indiferentemente, vagas semejanzas con la mujer más guapa de París, casta y deliciosa joven de quien estaba secretamente enamorado y por desgracia sin esperanzas, pues era casada. En un momento su corazón latió con fuerza, un ardor intolerable surgió de su diafragma y se comunicó á todas sus venas, tuvo frío en la espalda y sintió que su cabeza se balanceaba. Amaba, era joven, conocía París, y su perspicacia le hacía adivinar toda la infamia que suponía para una mujer elegante, rica, joven y bonita, el pasearse por aquellos sitios con pies criminalmente furtivos. ¡Ella en aquellos lugares y á aquella hora! El amor que aquel joven sentía por aquella mujer ha de parecer tanto más novelesco, cuanto que dicho joven era oficial de la guardia real. Si hubiese estado en infantería, la cosa hubiese sido aun verosímil; pero como oficial superior de caballería, pertenecía al arma francesa que exige

mayor rapidez en sus conquistas y que se siente más orgullosa lo mismo de su traje que de sus costumbres amorosas. Sin embargo, la pasión de este oficial era sincera y á muchos corazones jóvenes les pareciera grande. Aquel oficial gustaba de la virtud, de la gracia decente y de la imponente santidad, como de los más gratos tesoros de su pasión desconocida, y amaba á aquella mujer porque era virtuosa. Esta mujer era verdaderamente digna de inspirar uno de esos amores platónicos que se encuentran como flores en medio de las sangrientas ruinas de la historia de la Edad Media. Era digna de ser secretamente el principio de todas las acciones de un joven; amor tan alto y tan puro como el cielo cuando está azul, amor sin esperanza por el que se siente apego porque no engaña nunca; amor pródigo en goces desenfundados, sobre todo en una edad en que el corazón es ardiente, la imaginación mordaz y los ojos de un hombre ven claro.

Hay en París efectos de noche singulares, extraños, inconcebibles y únicamente los que se han divertido en observarlos saben cuan fantástica parece la mujer á media luz. La criatura á quien seguís por casualidad ó de intento, os parece ahora esbelta, luego, si sus bajos son bien blancos, os hacen creer que sus piernas serán finas y elegantes; después, el talle, aunque cubierto por un chal, se os muestra voluptuoso en la sombra, y por fin, las inciertas claridades de una tienda ó de un farol, comunican á la desconocida un brillo fugitivo, engañoso casi siempre, que despierta y anima la imaginación y la lanza más allá de lo verdadero. Entonces los sentidos se despiertan, todo se colorea y se anima, la mujer toma un aspecto completamente nuevo, su cuerpo se embellece, y hay momentos en que ya no es mujer, sino un demonio, un fuego fátuo que os arrastra con ardiente magnetismo hasta una casa decente donde la pobre joven, atemorizada por vuestros amenazadores pasos, os da con la puerta en las narices sin miraros siquiera. El resplandor vacilante que proyectaba el escapate de una zapatería iluminó de pronto el talle de la mujer que iba delante del joven. ¡Ah! sí, sólo ella tiene el talle combado de ese modo, sólo ella tenía el secreto de aquel casto paso que ponía inocentemente de relieve las bellezas de las formas más atractivas. Aquel era su chal y su sombrero de mañana. Ni una mancha en sus medias de seda gris, ni un

puntito de barro en sus zapatos. El chal iba bien ajustado al busto y dibujaba vagamente sus deliciosos contornos, y el joven, que había visto en el baile sus blancos hombros, sabía todos los tesoros que aquel chal cubría. Por la manera como se envuelve una parisienne en su chal y por el paso que lleva por las calles, un hombre de talento adivina el secreto de su misteriosa carrera. Hay un no sé qué de tembloroso y de ligero en la persona y en el paso; la mujer parece pesar menos, anda, anda, ó mejor dicho, se desliza como una estrella y vuela animada por un pensamiento que se adivina en los pliegues y en los contornos de su falda. El joven apresuró el paso, pasó por delante de la mujer y se volvió para verla. ¡Pchs! había desaparecido por un pasillo y llamaba en aquel momento ante una puerta con claraboya. El joven se detuvo y vió á aquella mujer llegar al fondo del pasillo recibiendo el obsequioso saludo de una anciana portera, y subir una tortuosa escalera cuyos primeros peldaños estaban muy alumbrados, y la señora subía deprisa como debe subir una mujer impaciente.

—¿Impaciente de qué? se dijo el joven, que reculó para apoyarse en la pared del otro lado de la calle. Y el desgraciado examinó todos los pisos de la casa con la atención de un agente de policía que busca á un conspirador.

Era aquélla una de esas casas como hay á millares en París, casa innoble, vulgar, estrecha, de tonos amarillos, con cuatro pisos y tres ventanas. La tienda y el entresuelo pertenecían al zapatero. Las persianas del primer piso estaban cerradas. ¿Adónde iba aquélla señora? El joven creyó oír el sonido de una campanilla en el segundo piso. Efectivamente, una luz se agitó en una pieza con dos ventanas muy alumbradas é iluminó de pronto la tercera, cuya obscuridad anunciaba un primer cuarto, sin duda el salón ó el comedor del piso. Inmediatamente, la silueta de un sombrero de mujer se dibujó vagamente, la puerta se cerró, la primera pieza volvió á quedar á oscuras, y luego, las dos ventanas recobraron sus tintes rojizos. En este momento, el joven oyó: «¡Cuidado!» y recibió un golpe en el hombro.

—No hace usted caso de nada, le dijo una voz gruesa.

Era la voz de un obrero cargado con un tablón. El obrero pasó. Aquel obrero era el hombre de la providencia que le decía á aquel curioso: «¿Qué te importa á ti eso? Piensa en tu servicio y deja á los parisienses que sigan su curso».

El joven se cruzó de brazos, y después, como no hubiese visto á nadie, dejó que rodasen por sus mejillas dos lágrimas de rabia sin enjugarlas. La vista de las sombras que se dibujaban en las dos ventanas iluminadas le hacía daño; miró al azar hacia la parte superior de la calle de los Viejos Agustinos y vió un coche detenido en un lugar donde no había puerta de casa ni resplandor de tienda.

¿Será ella? ¿no será? La vida ó la muerte para un amante. Y aquel amante esperaba, permaneciendo allí durante un siglo de veinte minutos. Después, la mujer bajó, y entonces pudo reconocer á la que amaba en secreto. Sin embargo, quiso dudar aún. La desconocida se encaminó hacia el coche y subió á él.

—La casa siempre estará aquí, y por lo tanto, siempre podré vigilar, se dijo el joven siguiendo al coche corriendo á fin de disipar sus últimas dudas, cosa que no tardó en lograr.

El coche se detuvo en la calle de Richelieu, ante un almacén de flores cerca de la calle de Menars. La dama bajó, pagó al cochero, entró en la tienda y salió después de haber escogido plumas de marabú. ¡Marabú para sus cabellos negros! Era morena y había aproximado el plumaje á su cabello para ver el efecto. El oficial creía oír la conversación de aquella mujer con las floristas.

—Señora, nada sienta mejor á las morenas. La duquesa de Langeais dice que este adorno comunica á la mujer un no sé qué de vago y distinguido.

—Bueno, envíemelos usted enseguida.

Y acto continuo, la dama se volvió á toda prisa hacia la calle de Menars y entró en su casa. Cuando se hubo cerrado la puerta del palacio donde ella vivía, el joven amante, que había perdido todas sus esperanzas, y lo que es peor aun, sus más gratas creencias, se internó en París como un hombre ebrio y no tardó en hallarse en su casa sin saber por donde había ido. Se arrojó sobre un sofá, apoyó la cabeza entre sus manos y aproximó los pies á la chimenea para quemar, más bien que para secar sus botas húmedas. Fué aquél un momento espantoso, uno de esos momentos de la vida humana en que el carácter se modifica y la conducta del mejor hombre depende de la dicha ó de la desgracia de su primera acción.

Aquel joven pertenecía á una familia cuya nobleza no era

muy antigua; pero hay tan pocas familias antiguas hoy, que todos los jóvenes se consideran de nobleza rancia. Su abuelo había comprado un cargo de consejero en el parlamento de París, llegando á ser presidente. Sus hijos, dueños de una buena fortuna, entraron al servicio de las armas, y mediante alianzas, sirvieron á la corte. La Revolución había barrido á aquella familia; pero había quedado de ella una anciana viuda testaruda que no había querido emigrar, y que encarcelada, amenazada de muerte y salvada en o de Termidor, logró recobrar sus bienes. Hacia el año 1804, llamó á su lado en tiempo útil á su nieto Augusto de Moulincourt, que fué cuidado por la buena viuda con triple cuidado de madre, de mujer noble y de viuda terca. Más tarde, cuando la Restauración, el joven, que tenía entonces diez y ocho años, entró en la Casa Roja, siguió á los príncipes á Gand, fué nombrado oficial de los guardias de corps y luego fué destinado á la guardia real, donde era á la sazón jefe de escuadrón de caballería á los veintitres años, posición soberbia que debía á su abuela, la cual, á pesar de su edad, sabía manejarse admirablemente. Salvo las variantes, esta doble biografía es el resumen de la historia general y particular de todas las familias que han emigrado que tenían deudos y bienes y de las viudas nobles. La señora baronesa de Moulincourt, era muy amiga del anciano vidamo de Pamiers, antiguo comendador de la orden de Malta. Era aquélla una de esas amistades eternas fundadas en lazos sexagenarios y que no se rompen con nada, porque hay en el fondo de ellas secretos del corazón humano, dignos de ser adivinados cuando se tiene tiempo, pero insípidos para ser explicados en veinte líneas. Augusto de Moulincourt estaba, pues, relacionado con el arrabal Saint Germain por su abuela y por el vidamo, y le bastaba ser noble de dos siglos para tomar los aires y las opiniones de los que pretenden remontar su nobleza á Clodoveo. Este joven pálido, alto y delgado, delicado en apariencia, hombre de honor y de verdadero valor, y que se batía en duelo por un quitame allá esas pajas, no se había hallado aun nunca en un campo de batalla, y sin embargo, llevaba en su ojal la cinta de la Legión de Honor. Como podéis ver, esta era una de las faltas más evidentes de la Restauración, pero tal vez la más perdonable. La juventud de aquel tiempo no ha sido la juventud de ninguna época: se ha encontrado entre

los recuerdos del Imperio y los recuerdos de la emigración, entre las antiguas tradiciones de la corte y los estudios concienzudos de la burguesía, entre la religión y los bailes de trajes, en dos fes políticas, entre Luis XVIII, que no veía más que el presente, y Carlos X, que veía demasiado adelante; además, estaba obligada á respetar la voluntad del rey, aunque el reinado se engañase. Esta juventud insegura en todo, ciega y clarividente, no fué tenida en nada por aquellos ancianos colosos de conservar las riendas del Estado entre sus manos débiles, mientras que la monarquía podía ser salvada con su retirada y con la entrada de aquella juventud francesa de quien se burlan aun hoy los viejos doctrinarios, aquellos emigrados de la Restauración. Augusto de Moulincourt era una víctima de las ideas que pesaban entonces sobre aquella juventud, y he aquí como lo era. A los sesenta y siete años, el vidamo era aun hombre muy ocurrente que había visto mucho, que había vivido mucho, de honor, galante, pero que respecto á las mujeres tenía las opiniones más detestables: le gustaban y las despreciaba. Su honor, sus sentimientos, eran para él bagatelas y chucherías. A su lado, el noble monstruo creía en ellas, no las contradecía nunca y las colmaba de requiebros; pero entre amigos, el vidamo tenía por principio que el engañar á las mujeres y el tener el mayor número posible de intrigas debía ser toda la ocupación de los jóvenes, los cuales se anquilaban queriendo inmiscuirse en las cosas del Estado. Es enfadoso tener que hacer un retrato tan añejo. ¿No ha figurado en todas partes y no está ya tan gastado como un granadero del Imperio? Pero el vidamo tuvo una gran influencia sobre el destino del señor de Moulincourt, le moralizaba á su manera y quería convertirle á las doctrinas del gran siglo de la galantería. La noble viuda, mujer tierna y piadosa, modelo de gracia y de dulzura, pero dotada de una persistencia de buen gusto que triunfa de todo á la larga, había querido que su nieto conservase las hermosas ilusiones de la vida, lo había educado en los mejores principios, le había comunicado todas sus delicadezas y había hecho de él un hombre tímido, un tanto en apariencia. La sensibilidad de este muchacho, conservada pura, permaneció tan púdica, tan delicada, que se sentía vivamente ofendido al ver acciones y al oír máximas que suelen pasar desapercibidas para el mundo. Avergonzado de su susceptibilidad, el

joven la ocultaba bajo una apariencia engañosa y sufría en silencio; pero cuando estaba con los demás, se burlaba de las cosas que sólo él admiraba. De suerte que fué engañado, porque siguiendo un capricho bastante común del destino, él, hombre de suave melancolía y espiritualista en amor, encontró en el objeto de su primera pasión á una mujer que sentía horror por la sensiblería alemana. El joven dudó de sí mismo, se puso pensativo y se sumió en sus penas quejándose de no ser comprendido. Después, como que nosotros deseamos las cosas con más violencia cuando más difícil nos es lograrlas, continuó adorando á las mujeres con esa ternura y esas delicadezas felinas cuyo secreto les pertenece y cuyo monopolio desean sin duda conservar. En efecto, aunque las mujeres se quejan de ser mal amadas por los hombres, sienten, sin embargo, poco gusto por aquéllos cuya alma es medio femenina. Toda su superioridad consiste en hacer creer á los hombres que les son inferiores en amor, y por eso dejan con gran facilidad á un amante cuando éste es bastante inexperto para privarlas de los temores conque ellas quieren adornarse, esos deliciosos tormentos de los celos falsos, esas turbaciones de la esperanza engañada, esas vanas esperas, en fin, todo el cortejo de sus disgustillos de mujer. ¿Qué cosa más contraria á su naturaleza que un amor tranquilo y perfecto? Desean emociones, y para ellas la dicha sin tormentos ya no es dicha. Las almas femeninas bastante poderosas para sentir un amor infinito, constituyen angelicales excepciones y son entre las mujeres lo que son los génius entre los hombres. Las grandes pasiones son raras como las obras maestras. Aparte de este amor, no hay más que arreglos y despreciables irritaciones pasajeras, como todo lo que es pequeño.

En medio de los secretos desastres de su corazón, mientras buscaba una mujer por la cual pudiese ser comprendido, investigación que es la gran locura amorosa de nuestra época, Augusto encontró, en el mundo más distante del suyo, en la segunda esfera del mundo del dinero donde la alta banca ocupa el primer puesto, una de esas mujeres que tienen un nó sé qué de santo y de sagrado y que inspiran tanto respeto, que el amor necesita todo el auxilio de una gran familiaridad para declararse. Augusto se entregó, pues, por entero, á las delicias de la más conmovedora y la más profunda de las pasiones, á un amor puramente admi-

rativo lleno de innumerables deseos reprimidos, matices de pasión tan vagos, y tan profundos, tan fugitivos y tan sorprendentes, que no sabe uno á qué compararlos; parecen perfumes, nubes, rayos de sol, sombras, todo lo que en la naturaleza puede brillar y desaparecer en un momento, reavivarse y morir, dejando en el corazón grandes emociones. En el momento en que el alma es aun bastante joven para concebir la melancolía y las esperanzas lejanas, y en que sabe encontrar en la mujer más que una mujer, ¿no es la mayor dicha que puede caber á un hombre el amar bastante para sentir más goce tocando un guante blanco, rozando unos cabellos, escuchando una frase ó dirigiendo una mirada que con la más fogosa posesión de un amor feliz? Los jóvenes despreciados, los feos, los desgraciados, los amantes desconocidos, los hombres ó las mujeres tímidos, son los únicos que conocen los tesoros que encierra la voz de la persona amada. Tomando su principio en el alma misma, las vibraciones del aire cargado de fuego ponen en contacto los corazones con tanta violencia y son tan poco engañosas, que una sola inflexión es á veces todo un desenlace. ¿Cuántos encantos no prodiga al corazón de un poeta el timbre armonioso de una voz dulce? ¿Cuántas ideas no despierta en él? El amor está en la voz antes de ser confesado con la mirada. Augusto, pactó á la manera de los amantes (hay pactos que sienten y pactos que expresan, siendo los más felices los primeros), Augusto había saboreado todos estos primeros goces, tan grandes y tan profundos. *Ella* poseía el órgano más agradable que haya podido desear jamás la mujer más artificiosa para engañar á su antojo; tenía esa voz argentina que es dulce al oído y que turba, remueve y acaricia al corazón amante trastornándolo. Aquella mujer iba por la noche á la calle de Soly, cerca de la calle de Pagevin; y su furtiva aparición en una infame casa acababa de destruir la más magnífica de las pasiones. La lógica del anciano vidamo triunfaba.

—Si engaña á su marido, nos vengaremos, dijo Augusto.

Este *si* aun encerraba amor. La duda filosófica de Descartes es una cortesía con la que es preciso honrar siempre á la virtud. Sonaron las diez. En este momento el barón de Moulincourt se acordó de que aquella mujer tenía que ir al baile de una casa en que había recepción. Acto continuo,

se vistió, salió, y una vez en el baile, empezó á buscarla por los salones. La señora de Nucingen, al verle tan intranquilo, le dijo:

—Si no encuentra usted á la señora Jules, es porque no ha venido aún.

—Buenas noches, querida mía, dijo una voz.

Augusto y la señora de Nucingen se volvieron. La señora Jules llegaba vestida de blanco, sencilla y noble, adornada precisamente con los marabús que el joven barón le había visto escojer en el almacén de flores. Aquella voz amorosa, hizo latir el corazón de Augusto. Si este hubiese sabido conquistar el menor derecho que le permitiese estar celoso de aquella mujer, habría podido petrificarla diciéndole:

—¡Calle de Soly!

Pero aunque él hubiese repetido mil veces esta palabra al oído á la señora Jules, ésta le hubiese preguntado con asombro qué era lo que quería decirle. Se limitó, pues, á mirarla con aire de estúpido asombro.

Para las gentes malvadas que se rien de todo, constituye tal vez una diversión el saber que su castidad miente, que su cara tranquila oculta un pensamiento profundo y que bajo su frente pura se esconde algún espantoso drama; pero hay ciertas almas á quienes tal espectáculo les contrista, y muchos de los que se rien de él, al reflexionar seriamente solos con su conciencia, maldicen el mundo y desprecian á semejante mujer. Tal le ocurría á Augusto de Moulincourt al hallarse en presencia de la señora Jules. ¡Situación extraña! No existía entre ellos más relaciones que las que se establecen en el mundo entre gentes que cruzan su palabra siete ú ocho veces en un invierno, y sin embargo, Augusto le pedía cuenta de una dicha ignorada por ella y la juzgaba sin darle cuenta de la acusación.

Muchas gentes se han encontrado de este modo volviendo á su casa desesperados por haber roto para siempre con una mujer adorada en secreto y condenada y despreciada también en secreto. Nacen de aquí, monólogos desconocidos, dichos á las paredes de una habitación solitaria, tormentos nacidos y apaciguados sin haber salido del fondo de los corazones, admirables escenas del mundo moral que necesitarían un pintor. Después de dar una vuelta por el salón con su marido, la señora Jules lo dejó y fué á sentarse. Cuando

estuvo sentada, se encontró como molesta, y al mismo tiempo que hablaba con su vecina, le dirigía furtivamente una mirada al señor Jules Desmarets, su marido, agente de cambio del barón de Nucingen. He aquí la historia de este matrimonio.

Cinco años antes de su casamiento, el señor Desmarets estaba colocado en casa de un agente de cambio, y tenía por única fortuna su escaso sueldo de dependiente; pero era uno de esos hombres á quienes la desgracia les enseña á conocer enseguida las cosas de la vida y que siguen la línea recta con la tenacidad de un insecto que desea llegar á su guarida, uno de esos jóvenes testaturos que se hacen los muertos ante los obstáculos y que cansan todas las paciencias mediante una paciencia de cucaracha. Era joven, tenía todas las virtudes republicanas de los pueblos pobres: era sobrio, avaro del tiempo, enemigo de los placeres y esperaba. Por otra parte, la naturaleza le había dado la inmensa ventaja de un exterior agradable. Su frente tranquila y pura, el corte de su cara plácido, pero expresivo, sus maneras sencillas, todo en él revelaba una existencia laboriosa y resignada, esa alta dignidad personal que impone y esa secreta nobleza de corazón que resiste á todas las situaciones. Su modestia inspiraba una especie de respeto á todos los que le conocían. Solitario en medio de París, no veía el mundo más que á ratos, durante los pocos instantes que pasaba en el salón de su amo los días de fiesta. Había en este joven, como en la mayor parte de las gentes que viven de este modo, pasiones de asombrosa profundidad, pasiones demasiado vastas para comprometerse nunca en pequeños incidentes. Su escasa fortuna le obligaba á hacer vida austera, y domaba sus caprichos mediante grandes trabajos. Después de hacer su pesada labor de números, se solazaba procurando adquirir con obstinación, ese conjunto de conocimientos tan necesarios hoy á todo hombre que quiere sobresalir en el mundo, en el comercio, en la política ó en las letras. El único escollo que encuentran estas almas hermosas, es su misma probidad. Ven á una muchacha pobre, se enamoran de ella, la hacen su esposa, y pasan su vida entre la miseria y el amor. La ambición más hermosa se extingue ante las imperiosas necesidades de un hogar. Julio Desmarets tropezó de lleno con este escollo. Una noche vió en casa de su amo, á una joven de rara belleza. Los des-

graciados privados de afectos que consumen las horas más hermosas de su juventud en largos trabajos, son los únicos que poseen el secreto de los rápidos estragos que hace una pasión en sus desconocidos y desiertos corazones. Están tan seguros de amar bien, se concentran tan pronto todas sus fuerzas en la mujer de quien se enamoran, que á su lado reciben deliciosas sensaciones sin proporcionar frecuentemente ninguna. Este es el más halagüeño de todos los egoísmos para la mujer que sabe adivinar esta aparente inmovilidad de la pasión, esos ataques tan profundos, que necesitan algún tiempo para reaparecer en la superficie humana. Estas pobres gentes, anacoretas en el seno de París, sienten todos los goces de las anacoretas y pueden á veces sucumbir á sus tentaciones; pero engañados, traicionados y desatendidos las más de las veces, casi nunca les es permitido recoger los dulces frutos de ese amor que para ellos es siempre como una flor caída del cielo. Una sonrisa de su mujer, una sola inflexión de voz, bastaron á Julio Desmarets para concebir una pasión sin límites. Afortunadamente, el fuego concentrado de aquella pasión secreta, no tardó en ser vista sencillamente por la que lo inspiraba, y desde entonces, aquellos dos seres se amaron religiosamente. Para expresarlo todo en pocas palabras, diremos que ambos se dieron sin rubor la mano en medio del mundo como dos hermanos que quieren atravesar una multitud que se apresura á abrirles paso admirándoles. La joven se hallaba en una de esas circunstancias espantosas en que el egoísmo ha colocado á ciertos hijos; carecía de estado civil, y su nombre de Clemencia y su edad fueron confirmados mediante una acta de notoriedad pública. Respecto á su fortuna, era poca cosa. Julio Desmarets se consideró el hombre más feliz al saber estas desgracias. Si Clemencia hubiese pertenecido á alguna familia opulenta, no habría confiado en obtenerla; pero era una pobre hija del amor, fruto de alguna terrible pasión adulterina, y se casaron. Desde entonces comenzó para Julio Desmarets una serie de acontecimientos felices. Todo el mundo envidió su dicha, y sus envidiosos le acusaron desde entonces, de no tener más que suerte, sin considerar para nada sus virtudes y su valor. Algunos días después del matrimonio de su hija, la madre de Clemencia, que pasaba por ser su madrina, dijo á Julio Desmarets que comprase una plaza de agente de cambio y le prometió procurarle el capital

necesario. En este momento, estas plazas estaban aun á un precio moderado. Por la noche, en el salón mismo de su agente de cambio, un rico capitalista, por recomendación de aquella dama, propuso á Julio Desmarets la compra más ventajosa que este podía soñar, le dió el capital necesario para explotar su privilegio, y al día siguiente el feliz dependiente, compró la plaza de su amo. En cuatro años, Julio Desmarets se había convertido en uno de los agentes más ricos, pues una infinidad de clientes había aumentado el número de los que le había legado su predecesor. Inspiraba una confianza sin límites, y por la marcha que seguían sus negocios, le era imposible desconocer alguna influencia oculta debida á su suegra ó á alguna protección secreta que él atribuía á la Providencia. Al cabo de tres años de casada, Clemencia perdió á su madrina, y en este momento, Julio, á quien se llamaba así para distinguirlo de su hermano mayor, que se había establecido de notario en París, poseía unos doscientos mil francos de renta. No existía en París ejemplo de otra dicha igual á la que disfrutaba aquel matrimonio. Hacía cinco años que este amor excepcional había sido turbado por una calumnia que no tardó en ser severamente castigada por Julio. Uno de sus antiguos compañeros atribuía á su señora la fortuna del marido, explicándola mediante una protección un tanto cara. El calumniador fué muerto en duelo. La pasión profunda de los dos esposos obtenía en el mundo el mayor éxito, aunque contrariaba á algunas mujeres. El feliz matrimonio era respetado y agasajado por todo el mundo. Los señores Desmarets eran sinceramente queridos, porque tal vez no hay nada más agradable que la presencia de seres felices. Pero nunca permanecían mucho tiempo en los salones y siempre parecían impacientes por llegar á su nido, cual si fuesen dos palomos. Este nido era un grande y hermoso palacio de la calle de Menars, donde los dos esposos recibían magníficamente, aunque las obligaciones del mundo les conviniesen muy poco. Sin embargo, Julio soportaba el mundo porque sabía que tarde ó temprano una familia lo necesita; pero su mujer y él parecían siempre en los salones arbustos trasplantados. Por delicadeza muy natural, Julio había ocultado cuidadosamente á su mujer la calumnia y la muerte del calumniador, que había estado á punto de turbar su felicidad. Por su natural artístico y delicado, Clemencia era inclinada al

lujo. A pesar de la terrible lección del duelo, algunas mujeres imprudentes se decían al oído que la señora Desmarets debía encontrarse á veces apurada. Según sus cálculos, los veinte mil francos que su marido le daba para sus caprichos y tocado, no podían bastar para sus gastos. En efecto, en su casa vestía generalmente con más elegancia que para frecuentar el mundo. Sólo le gustaba acicalarse para su marido, queriendo probarle así, que para ella él era más que el mundo. Amor verdadero, amor puro, sobre todo feliz, tan feliz como puede serlo un amor públicamente clandestino. Julio, siempre amante, más enamorado cada día, se consideraba feliz con los caprichos de su mujer y se sentía inquieto si esta no los tenía, cual si la ausencia de caprichos pudiesen ser síntomas de alguna enfermedad. Augusto de Moulincourt había tenido la desgracia de chocar contra esta pasión y de enamorarse locamente de esta mujer. Sin embargo, aunque llevase en su corazón un amor tan sublime, no se mostraba ridículo y se entregaba á todas las exigencias de las costumbres militares; pero tenía constantemente, hasta cuando bebía una copa de champagne, ese aire soñador, ese silencioso desprecio por la vida, esa cara nebulosa que tienen las gentes hastiadas, las gentes poco satisfechas de una vida vacía y los que se creen tísicos ó se atribuyen una enfermedad del corazón. Amar sin esperanza, estar disgustado de la vida, constituyen hoy posiciones sociales. La tentativa de violar el corazón de una soberana daría tal vez más esperanzas que un amor locamente concebido por una mujer feliz; de suerte que, Moulincourt, tenía razones sobradas para permanecer grave y sombrío. Una reina tiene aun la vanidad de su poder y en contra suya su propia elevación; pero una mujer virtuosa de la clase media es como un erizo, como una ostra encerrada en su concha.

En este momento, el joven oficial estaba al lado de su anónima amada, la cual, seguramente, no sabía que comecía una doble infidelidad. La señora Desmarets estaba allí sencillamente vestida, como la mujer menos artificiosa del mundo, dulce, llena de majestuosa serenidad. ¿Qué abismo es, pues, la naturaleza humana? Antes de entablar conversación, el barón miraba alternativamente á aquella mujer y á su marido. ¡Qué de reflexiones no hizo! En un momento recompuso todas las noches de Young. Entre tanto, la mú-

sica resonaba en las habitaciones, mil bugías llenaban de luz el espacio, era aquello el baile de un banquero, una de esas fiestas insolentes con que ese mundo de oro mate intentaba ultrajar los salones donde reía la sociedad del arrabal Saint-Germain, sin prever que algún día la banca invadiría el Luxemburgo y se sentaría en el trono. Las conspiraciones bailaban entonces tan indiferentes ante las futuras quiebras del poder, como ante las futuras quiebras de la banca. Los salones dorados del señor barón de Nucingen tenían esa animación particular que el mundo de París comunica á las fiestas de París. Allí, los hombres de talento comunican á los tontos su ingenio, y los tontos les comunican ese aire feliz que les caracteriza. Mediante este comercio, todo se anima. Pero una fiesta de París se parece siempre un poco á los fuegos artificiales: ingenio, coquetería, placer, todo brilla en ella y se extingue como fuegos fátuos. Al día siguiente, todo el mundo ha olvidado su ingenio, sus coqueterías y su placer.

—¿Cómo! se dijo Augusto á modo de conclusión, ¿serán, pues, las mujeres, tal como las ve el vidamo? A decir verdad, todas las que bailan aquí son menos irreprochables de lo que parece serlo la señora Desmarets, y sin embargo, esta va á la calle de Soly.

Lo de Soly era su enfermedad, la única palabra que le crispaba el corazón.

—Señora, ¿no baila usted nunca? le preguntó Augusto.

—Esta es la tercera vez que me hace usted la misma pregunta desde que comenzó el invierno, le contestó Clemencia sonriendo.

—Es que tal vez no me ha respondido usted nunca.

—Es verdad.

—Ya sabía yo que era usted falsa como lo son todas las mujeres.

La señora Desmarets continuó riéndose, y después dijo:

—Escuche usted, caballero, si yo le dijese la verdadera razón, le parecería ridícula, y no creo que haya falsedad en no decir secretos que suelen ser motivo de risa para el mundo.

—Señora, todo secreto, para ser revelado, exige una amistad de la que yo no soy digno; usted no puede tener más que nobles secretos. ¿Me cree usted acaso capaz de bromear con cosas respetables?

—Sí, usted es lo mismo que los demás. Todos ustedes se rien de los sentimientos más puros y los calumnian. Por otra parte, no tengo secretos. Me creo con derecho á amar á mi marido á la faz del mundo, me siento orgullosa de él y lo digo. Si se burla usted de mí sabiendo que no bailo con nadie más que con él, formaré la peor opinión de su corazón.

—Desde que se ha casado, ¿no ha bailado usted nunca más que con su marido?

—Nunca, caballero. Su brazo es el único en el que me he apoyado y nunca he sentido el contacto de ningún otro hombre.

—¿Nunca le ha tomado el pulso su médico?

—Vamos, ya veo que se burla.

—No, señora, la admiro á usted porque la comprendo. Pero usted deja oír su voz, usted se deja ver... en fin, usted permite que nuestros ojos la admiren.

—¡Ah! esa es mi pena—dijo ella interrumpiéndole.—Sí, yo hubiera querido que una mujer casada pudiese vivir con su marido como vive una querida con su amante, porque entonces...

—Entonces, ¿por qué estaba usted hace dos horas á pie disfrazada en la calle de Soly?

—¿Qué es eso de la calle de Soly?—le preguntó ella, sin que su voz pura denotase la menor emoción, y sin que sus facciones vacilasen, ni se cubriesen de rubor.

—¡Cómo! ¿no ha subido usted al segundo piso de una casa situada en la calle de los Viejos Agustinos, esquina á la calle de Soly? ¿No tenía usted un coche á diez pasos y no volvió á la calle de Richelieu, á casa de la florista, donde escogió usted los marabús que adornan ahora su cabeza?

—No, no he salido de casa esta noche.

Mientras mentía de aquel modo, Clemencia se abanicaba, permanecía impassible y risueña; pero el que tuviese derecho á pasar la mano por su cintura, tal vez la hubiese encontrado húmeda. En aquel momento Augusto se acordó de las lecciones del vidamo, y dijo con aire crédulo.

—Entonces era una mujer que se parecía mucho á usted.

—Caballero, si es usted capaz de seguir á una mujer y de sorprender sus secretos, permítame usted que le diga que obra mal, pero muy mal; pero, enfin, yo le hago el honor de no creerle.

El barón se fué, se colocó ante la chimenea y pareció

pensativo. Bajó la cabeza; pero su mirada permanecía fija solapadamente en la señora Desmarests, la cual, sin tener en cuenta el juego de los espejos, le dirigió dos ó tres miradas llenas de terror. Clemencia hizo una seña á su marido y tomó su brazo para pasearse por los salones. Cuando pasó al lado del señor de Moulineourt, éste, que hablaba con un amigo suyo, dijo en voz alta como si respondiese á una interrogación:

—Es una mujer que seguramente no dormirá tranquila esta noche.

Clemencia se detuvo, le dirigió una mirada imponente llena de desprecio, y continuó su camino sin saber que si su marido sorprendía una mirada de aquellas podía poner en grave riesgo su dicha y la vida de dos hombres. Augusto, preso de una rabia que procuró ocultar en las profundidades de su alma, no tardó en marcharse jurando que descubriría aquella intriga. Antes de abandonar el salón, buscó á Clemencia para verla una vez más; pero ésta había desaparecido. Aquel corazón joven, eminentemente novelesco, como todos los que no han conocido el amor en toda su extensión, empezaba á prever los efectos de un terrible drama. Augusto adoraba á la señora Desmarests bajo una nueva forma, la amaba con la rabia de los celos, con las delirantes angustias de la esperanza. Infiel á su marido, aquella mujer pasaba á ser vulgar. El joven oficial podía entregarse á todas las felicidades del amor feliz y su imaginación le abrió entonces la inmensa carrera de los placeres de la posesión. En fin, si había perdido el ángel, encontraba el más delicioso de los demonios. Se acostó haciendo mil castillos en el aire y tratando de justificar á Clemencia mediante alguna novelesca obra de caridad en la que no creía, y después resolvió dedicarse por entero desde el día siguiente á la investigación de las causas, de los intereses y del nudo que ocultaba aquel misterio. Se trataba de leer una novela, ó mejor dicho, de representar un drama en el que también él tendría su papel.

El oficio de espía es muy agradable cuando se hace por cuenta propia en provecho de una pasión. ¿No equivale á procurarse los placeres del ladrón sin dejar de ser hombre honrado? Pero hay que resignarse á hervir de cólera, á rugir de impaciencia, á helarse los pies en el barro, á sudar de congoja, á devorar falsas esperanzas. Es preciso ir con